

## XIII.

## EL AHILO.

Mientras Placial buscaba en las partes más sombrías de Londres á aquella Genoveva que, para él, representaba el sueño de su juventud, la hija de Cecilia se sentía feliz al verse olvidada en la sombra, y experimentaba ahora una impresión singular de calma y de tranquilidad en el miserable refugio donde la había colocado el viejo Bob.

En efecto: la pobre niña, que jamás había sabido lo que es el afecto y la ternura, se sentía amada. Su alma se dilataba al contacto del afecto maternal representado por Catalina Sichel, y del fraternal amor que la tenía Patrick Donegan.

La gruesa *Gramma* y el irlandés parecían rivalizar en celo para rodear á la *Francesa* de cuidados, de una piedad profunda. La ternura y la pasión se traslucían en la menor palabra de Patrick, y todo lo que el corazón de la pobre alsaciana, herida en su hija é inconsolable, podía encerrar de maternidad sublime, se extendía sobre Genoveva como un manto de lástima y de dulzura.

Y era un espectáculo conmovedor y de una irresistible emoción, el ver á aquellos tres seres que habían acudido de tres partes diferentes del mundo,

y á quienes había reunido en aquel triste rincón de tierra un mismo dolor.

Tres desgraciados consolándose mutuamente, tres desterrados dándose la mano: Genoveva, separada de la familia; el irlandés, fuera del país natal; la alsaciana, lejos de la patria.

La joven se unía á aquellos dos proscritos, se escondía en la casucha del viejo Bob, esperando que allí acabaría todo para ella.

La ausencia del viejo había sido una de sus inquietudes; luego, la noticia de su muerte, uno de sus dolores.

—¡Pobre Bob! (decía á menudo con melancolía.) ¡Me había defendido! ¡Me había amado!

Ser amada era el ideal de la joven, que no había conocido nada del amor de una madre.

—¡Bah! (le contestaban.) El viejo Bob está contento ahora; ha cumplido su misión.

—Es verdad (replicaba Genoveva); ¡pero ya no está ahí! ¡Me consolaba tan bien y con tanta dulzura!

En el rudo combate de la vida, los miserables se inquietan poco de los que caen á su lado. Es un guijarro en el mar; es peor que esto á veces; es un rival, uno menos á comer.

Genoveva sola, en White-Chapel, lloró al pobre Bob. Le lloró sinceramente. En aquel infierno en que había venido á echarse para evitar la muerte, la amistad del decano de la miseria la protegía aún más eficazmente quizás que el afecto de Patrick Donegan. Cosa extraña, por lo demás, y como si las corrupciones de aquella hez humana hubiesen estado iluminadas por la aureola de honestidad que moralmente brillaba en la frente de la joven,

aquellos seres viciados y deshonorados parecían haber adoptado á la *Francesa*; la respetaban como si hubiese sido de otra naturaleza ó de otra raza.

La pasión misma de Tom-Black, esa pasión furiosa que cada día se hacía más ardiente, no en el corazón, sino en las venas del *boxeador*, se detenía ante aquella niña, que fijaba en él la mirada de sus límpidos ojos azules cuando trataba de hablarle de amor, dejándole furioso contra sí mismo, y todo cortado.

Del mismo modo que Placial domaba á las fieras por la fuerza, Genoveva domaba á aquel ser medio salvaje con su propia debilidad.

Delante de ella, Tom-Black se detenía, balbuceaba y temblaba. Luego, de vuelta en su casa, terrible, atropellándolo todo en la taberna, amenazando á mistress Black, rechazando con el pie á su perro Nick, dogo tan arisco y tan malo como él, se repetía, golpeando con su puño formidable las mesas y los taburetes:

—¡Hase visto nunca semejante cosa! ¡Hacerme bajar los ojos, á mí, esa tontuela, que yo desharía como una avellana entre el pulgar y el índice! ¡Ah! ¡Ira de Dios! ¡Y, sin embargo, será necesario que llegue también mi turno al fin!

Y mirando en un espejo, cuyo engaste se caía á pedazos, como uná piel afectada de lepra, su cara horrible, azulada é hinchada aún por los puñetazos de Toby Summer:

—Un beso de la pequeña quitaría, sin embargo, todo esto como por encanto (añadía con ojos ardientes.) ¡Ah! ¡La *Francesa*, la *Francesa*! Algún día sabrás que lo que Tom-Black quiere, sucede tarde ó temprano.

Al mismo tiempo que amaba á Genoveva, Tom-Black odiaba á Patrick Donegan.

Notaba los progresos que hacía cada día el joven irlandés en el corazón de la Francesa.

Pálida y cansada, evidentemente enferma, la pobre niña no tenía sonrisas más que para la gruesa *Gramma*, ó para aquel joven de largos cabellos negros, que la contemplaba enternecido, con sus grandes ojos de mirada profunda.

Algunas veces, cuando estaba triste (y esta tristeza la abandonaba pocas veces, á pesar de la debilidad que experimentaba), Patrick cogía su violín, que era, como su voz, más dulce aún, y se ponía á tocar para distraer á la desgraciada, perdida en aquel rincón de Londres, uno de esos aires patéticos y tiernos que tantas veces han repetido los ecos de Irlanda. Tocaba ó cantaba á media voz alguna de esas romanzas de Tomás Moore, en que respiraba el alma de la verde Erin, el alma de la bravura y del amor.

Le cantaba el país, la patria, la esperanza, la Irlanda.

Y Genoveva escuchaba, con el corazón palpitante, como si esas palabras de esperanza, dirigidas por el poeta á una nación, hubiesen sido al mismo tiempo para la fugitiva:

—¡Espera, Genoveva! ¡Espera! ¡Aún hay para ti sol y felicidad en este mundo!

Los cantos de Patrick Donegan tenían sobre la *Francesa* la influencia de los dulces refranes que sirven para mecer y consolar á los niños.

El dolor disminuía, y las lágrimas que acudían entonces á sus ojos eran lágrimas de felicidad, lágrimas de agradecimiento y de amor.

Bien podía Genoveva amar con la voluptuosidad de la inocencia á Patrick Donegan: Patrick, en cambio, se había entregado á ella con el corazón y el alma. Ya no vivía más que para la *Francesa*. Pobre hasta entonces, y no habiéndole hecho sufrir la miseria, porque estaba resignado, se sentía desgraciado ahora, y hubiese querido ser rico para dar su riqueza á la pobre niña.

¡Pensaba con espanto en lo que era, un cantor de las calles, un errante, un vagabundo como el viejo Bob, y en lo que era ella, tan bonita, tan elegante, con las manos tan blancas y tan finas!

—Haces mal en amarla, pobre Patrick.... (se decía); porque ella nunca podrá quererte....

Jamás Patrick ni Genoveva se habían dicho una palabra de aquel amor que la *Grana* notaba en sus miradas, adivinaba en su timidez natural y en el temblor de sus voces.

Era su secreto. Genoveva, además, no se confesaba á sí misma aquel amor, y Patrick se hubiese cortado un dedo antes de declararlo, por temor de ser rechazado. Una sonrisa desdeñosa, un desaire, la sombra de un desaire de Genoveva, le hubiese matado en el acto.

Además, Patrick temía también otro sufrimiento. Temía por la joven. ¡La encontraba tan pálida y tan débil!

En el aire pestilente del Campo de la Puerta Azul, la débil salud de Genoveva no había tardado mucho en resentirse de una manera alarmante. Los suaves colores de sus mejillas habían desaparecido bien pronto; su tez había tomado un color plomizo, y, un síntoma que asustaba á Patrick Done-

gan, una tos seca se escapaba de su pecho, como si se le hubiesen desgarrado.

El estado de la joven no se había escapado tampoco á la penetración de los huéspedes habituales de White-Chapel. Por más que estuviese entre ellos como una extranjera, que ni siquiera parecía comprender su lenguaje, horriblemente mezclado con el *caló* de aquellos barrios, todos la amaban por su inalterable dulzura, por la fuerza de ánimo de que daba pruebas al no dejar nunca entrever las repugnancias que debían inspirarla. Le aconsejaban entonces que tomase descanso, y la incitaban á que escogiese en Londres mismo otro refugio. Y esta solicitud, á la que Genoveva había estado tan poco acostumbrada, la enterneció profundamente. Daba las gracias conmovida; pero rehusaba partir. Patrick mismo, cuya voz tenía sobre ella tanto influjo, no podía convencerla. Tenía miedo, temblaba al pensar que podría volver á encontrarse enfrente de aquella madre que la hubiese entregado al hijo de lord Harrisson.

¡Qué vergüenza y qué horror! Desde que conocía á Patrick, el recuerdo de aquella espantosa prueba le parecía más horrible aún, y se repetía con más fuerza:

—¡He hecho bien, he hecho bien en huir!

Enferma y amenazada, Genoveva no tenía idea de la protección admirable que se extendía sobre ella y de la abnegación de que la rodeaban la gruesa *Grana* y Patrick, que olvidaban su propia miseria para no acordarse más que de la suya. Por módicas que fueran sus ganancias eventuales, cualesquiera que fuesen las incertidumbres del día siguiente, traían todos los días el uno y la otra un

óbolo para que la *Francesa* no careciese de nada, ni de medicamentos si hacían falta, ni de los cuidados necesarios siempre.

El sacrificio de aquellos dos seres sublimes debía tener su recompensa. Genoveva parecía restablecerse, renacer, abrirse como una flor hasta entonces sin sol. Y por cierto que la simpatía que la rodeaba no era extraña al esfuerzo que hacía para volver á la vida. Ya no quería morir, pues sabía que podía ser amada.

Pero al mismo tiempo, sintiéndose con alguna fuerza, y por un sentimiento de delicadeza, no quería vivir por más tiempo á expensas de sus hermanos en pobreza. Un día dijo á la *Gramma*:

—¡Es necesario que yo trabaje!

La gruesa alsaciana miró á la joven con profunda extrañeza.

—¡Trabajar! ¡Trabajar tú!.... (dijo.) ¡Qué idea! ¿En qué piensas?

—¡Pienso (dijo Genoveva) que debo, como todo el mundo, ganar el pan que como!

Catalina Sichel se encogió de hombros, y acercándose á la niña, cuyos dedos afilados tomó entre sus gruesas manos callosas y abultadas:

—¡Vamos (dijo la buena mujer); no hay que ser tonta! ¿Eres acaso bastante fuerte para desempeñar un oficio? ¿Qué oficio? ¡Considera tus muñecas cuán delgadas son! ¿Y tus brazos? ¿Se han hecho acaso para sostener una herramienta?

—¿Luego creéis que yo no tengo valor, *Gramma*?

—¡Valor! Al contrario, tienes mucho..., tienes demasiado. Te perjudicarías para hacernos ver que eres tan buena como bonita. Y luego, cuando hubieses muerto; cuando, á los diez y ocho años,

hubieras ido á reunirte con mi pobre Susanita; cuando hubieras causado tanta pena á los que te quieren, ¿de qué te serviría?

—¡Quiero hacer lo que vos, Grama, y trabajar como todos los demás!

La alsaciana contestó á Genoveva con una carcajada, que hizo temblar la casucha del viejo Bob.

—¡Como yo! ¡Hacer como yo! ¡Pero yo no sirvo más que para trabajar y empujar delante de mí montones de lodo! Á mí el trabajo me hace bien, me consuela, me hace olvidar....

Y su risa, cortada bruscamente, terminó en una lágrima.

—¿Es muy trabajoso barrer las calles?—preguntó Genoveva.

—Para mí, no. Yo soy fuerte como un animal de carga. Ese es mi oficio. Pero para ti, hija, pasar las noches al aire libre, cayéndote la lluvia en la espalda, y luego respirar todo ese polvo sucio que una escobada hace entrar en los pulmones.... Para ti, sería la muerte. Y tú no querrás morir, ¿no es verdad, Genoveva, mi pequeña Genoveva?... Tú no querrás morir, para que esta gruesa y fea *Gramma*, que te ama como á su hija, llore otra vez todas las lágrimas de su cuerpo, y para que....

La *Gramma* se detuvo.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Genoveva.

—En fin, yo me entiendo (dijo la Alsaciana). Para que..., para que Patrick Donegan....

Se sonrió al ver á la *Francesa* ponerse de repente colorada.

—¡Sí, pardiez (dijo); para que Patrick pierda la cabeza y se tire al agua ó se vuelva loco!

—¡Patrick! (exclamó Genoveva, con un acento lleno de alegría y extrañeza.) ¡Patrick!

—No quieres matarle, ¿no es verdad? Pues bien; ¡su vida depende de tu vida! Si tú murieses.... ¡Ah, si murieses...., hay dos seres que no se consolarían jamás: él y yo!

—¡Patrick! ¡Patrick!—repetía dulcemente y en voz baja Genoveva, cerrando los ojos.

Y mientras la alsaciana le hablaba de aquellos dos seres cuya vida dependía de la suya y que no se consolarían:

—¿Y mi madre?—pensaba tristemente la fugitiva.

La mañana del día en que Placial buscaba á Genoveva en White-Chapel era precisamente cuando ésta significaba á Catalina Sichel su intención de ganar su vida trabajando como los miserables.

Por la noche, á la hora misma en que el domador recorría los barrios siniestros, Patrick Donegan volvía al Campo de la Puerta Azul, trayendo la pequeña ganancia del día.

Antes de recogerse, quiso tener, como todos los días, noticias de la *Francesa*.

Encontró á Genoveva medio tendida en el colchón de estopa que la había dejado Bob, y á *Gramá*, sentada á su lado, hablándole de Susana, del pasado y de la Alsacia, mientras que una pequeña lámpara de esquisito alumbraba la triste estancia.

—¡Salud, miss Genoveva! (dijo Patrick, entrando y quitándose el sombrero de fieltro blanco.) ¿Estáis bien esta noche?

—Enteramente bien,—contestó Genoveva.

—Tan bien (añadió la Alsaciana), que, si se lo

permitiese, me acompañaría por las calles, barriendo como yo, para ganar algunos peniques.

—¿Vos, Genoveva? (exclamó Patrick, con un arranque de inquietud.) ¿Pensáis en eso?

—He pensado, sí (dijo Genoveva); y he pensado en ello, porque me pregunto: ¿cómo vivo aquí?

—¿Cómo?

—Sí...., ó, más bien, ¿quién me hace vivir?

*Gramá* y el irlandés cambiaron una mirada, y la alsaciana, echándose á reír con estrépito, contestó, afectando una alegría perfecta:

—¡Extraña pregunta! ¿Luego tú te figuras que el viejo tío Bob no ha dejado nada?

—¿Qué es lo que ha dejado?—preguntó Genoveva.

No es una fortuna ciertamente; pero ha dejado algunos cuartos, que nos permiten decirte que no tienes necesidad de trabajar, niña mía. Tienes el pan asegurado.

—El pobre Bob era tan miserable como yo. No tenía un *penique*,—dijo Genoveva.

—Te engañas de medio á medio. Ha dejado dinero para ti á un amigo.

—¿A un amigo? ¿Qué amigo?

—Al amigo Patrick,—contestó descaradamente la alsaciana.

Genoveva levantó sus hermosos ojos azules sobre los ojos negros de Patrick.

—¿Es verdad lo que dice *Gramá*?—preguntó.

—¡Bonita pregunta! ¿Dudas de mí ahora?—replicó ésta.

—¿Es verdad?—volvió á decir Genoveva.

Patrick no había mentado nunca. Temió ponerse colorado al contestar; pero los ojos de *Gramá* le dictaron su respuesta.

—Es verdad,—contestó lentamente.

—¿Lo que me hace vivir es el dinero de Bob?

—Sí,—dijo aún Patrick.

—¿No trabajáis vosotros para mí? ¿No es vuestro trabajo el que paga lo que yo como?

—No,—dijo Patrick.

—Y eso que la comida es succulenta (dijo *Gramma*, con una sonrisa forzada). ¡Esos ingleses comen carne cruda!

—¡Ah! Si me mintiéseis (dijo *Genoveva*, cuyo pálido rostro estaba iluminado con una sonrisa divina), me haríais mucho daño, mis buenos amigos, porque la abandonada no tiene confianza más que en vosotros, y no quisiera tomaros ni una hora de vuestra vida ni una gota de vuestra sangre.

—Y yo (contestó Patrick, cuya armoniosa voz parecía una caricia á la *Francesa*); yo quisiera verter por vos toda la sangre de mis venas. ¡Quisiera ser vuestro esclavo, vuestro amigo, vuestro hermano! ¡Quisiera que á mi lado no desearais nada que yo no pudiera daros en el acto, *Genoveva*!

Jamás la pobre niña se había sentido rodeada de una afección semejante. Cerraba otra vez los ojos, y escuchaba con delicia, como si alguna música, acariciándola, hubiese hecho vibrar el aire.

Le parecía que toda su vida pasada era un sueño, que nada horrible había existido, que no había querido morir, que no estaba perdida en un infierno de Londres, y que, por el contrario, se veía en una noche de verano, sentada debajo de unos árboles, donde oía por primera vez la voz del bien amado. Y se abandonaba á ese sueño. Sonreía como son-

rían los niños que tienen visiones de color de rosa en sus sueños de ángeles.

—Hablad, hablad aún, Patrick (dijo al cabo de un momento). ¡Si supierais cuán feliz soy al oír que tenéis amistad por mí! Ser amada, es lo mejor que hay en este mundo, ¡y he sido tan poco querida!... ¡Mi madre, no sé por qué, jamás me ha demostrado cariño! ¡Jamás! ¿Y sabéis cuál es mi sueño? ¡Es un padre, un padre fuerte, valeroso, bueno, que me amaría, que me defendería, que sería mi protector, así como sois mi hermano, Patrick, y como *Gramma* reemplaza á esa madre que no ha querido amarme, y á quien yo hubiera amado con toda mi alma!

Alargó una mano á la gruesa alsaciana, cuyos ojos redondos se llenaban de lágrimas, y Patrick había cogido la otra, temblando de emoción, y próximo á decir á *Genoveva*:

—No os quiero sólo como un hermano; os quiero como á la mujer que se adora; como se ama una sola vez en la vida y para siempre.

Y la pobre niña, que no sabía que en *White-Chapel*, casi á algunos pasos de ella, un ser cuyo nombre llevaba, la buscaba, la llamaba, la hubiese abrazado y protegido, se decía:

—¡Sí, un padre; quisiera un padre, puesto que mi madre no me ha comprendido, y no ha querido gozar del amor y de la bondad que yo tenía en el corazón!

De repente, en el silencio cortado por la respiración de la gruesa *Sichel*, se oyeron varios golpecitos bruscos, dados en la puerta de la miserable vivienda, y que hicieron estremecer á *Genoveva* y Patrick.

¿Quién podía venir á aquella hora?

Tom-Black, quizás.

El irlandés y la *Francesa* tuvieron á la vez el mismo pensamiento.

—Si es él (pensaba Patrick), y quiere insultarla, me mata, ó le mato.

—¡Abrid, abrid pronto!—gritó desde fuera una voz de niño que Genoveva no conocía, y que hizo exclamar á Patrick Donegan:

—¡Ah! ¡Es Paddy!

—¿Paddy?

—¡Un pobre chico de mi país, entregado al mal, y á quien tengo afecto, porque vale, más que la vida que lleva!

Se había levantado, y al mismo tiempo que hablaba, abría la cerradura interior que Bob había hecho colocar en su casucha desde que Genoveva había entrado en ella.

El pequeño Paddy, sofocado y sin aliento, entró de un salto en la habitación.

De sus cabellos rojos caían sobre su frente gruesas gotas de sudor, que trazaban surcos negros en su cara embadurnada.

—¡Y bien, mi pequeño Paddy (dijo Patrick): ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre?

—¡Sí!

—¡Un peligro, amigo Patrick!—contestó Paddy, á quien la emoción y la falta de alientos cortaban la palabra.

—¿Un peligro?

Patrick miró instintivamente á Genoveva, como si á ella sola hubiera podido amenazar el peligro anunciado.

—¿Un peligro?—repitió *Gramma*.

—Un gran peligro (dijo Paddy). Patrick (añadió el niño con espanto): Patrick, ¡es preciso huir!

—¿Y por qué?—preguntó el irlandés.

—¿Quién nos amenaza?—exclamó Genoveva.

—¡Apuesto á que es Tom-Black!—dijo la alsaciana, nombrando alto á aquel en quien pensaban todos por lo bajo.

—¡Miserable! ¡Mientras no le hayan aplastado como á un buey, hará daño á todo el mundo!

—¡No, no es Tom-Black (dijo Paddy), es la policía!

Patrick, con la sonrisa en los labios, miró á Genoveva, que había palidecido un poco.

—¡La policía!—repitió *Gramma*, que tiritaba sin comprender.

—Sí, una ronda..., una expedición.... ¡El inspector Gerrard, que viene aquí con unos franceses, con unos marineros, que buscan ladrones en White-Chapel!

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con esos franceses, ni qué nos importa que prendan tunantes á nuestro alrededor?

El pequeño Paddy movió la cabeza.

—¡Oh! Si no se tratase más que de esos hombres (dijo), no estaría yo aquí; pero ¡es á vos, miss Genoveva, á quien buscan!

—¿Á mí?—dijo Genoveva, lívida y temblando de miedo.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Patrick.

—Porque me han interrogado; porque me han preguntado vuestro nombre; porque he sido bastante tonto para hablar. ¡Ah! ¡tenéis que perdonarme, Patrick, mi buen Patrick! Yo creía que los que no hacen daño, no tenían nada que temer, y

les he dicho..., he hablado... Pero luego que oí sus palabras, tuve miedo, Patrick, porque comprendí que había hecho mal.

—¡Repíte sus palabras! ¿Qué dijeron?

—Dijeron: «*Buscamos á la Francesa para conducir-la*»....

—¿Con mi madre? (interrumpió Genoveva con terror.) ¡Mi madre! ¡Ah! ¡Es mi madre la que me hace perseguir hasta aquí!.... ¡Mi madre!.... ¡Tengo miedo!.... ¡Tengo miedo!

Se había levantado, horriblemente pálida, con los ojos extraviados, asustada, tal como Bob la había encontrado en aquella noche de angustia durante la cual había querido matarse.

Miraba á su alrededor espantada, repitiendo aún: ¡*Mi madre!*, y pensaba, llena de terror, en aquel joven, en aquel Harrisson, á quien Cecilia quiso entregarla.

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! (repetía entonces la infeliz, con acento desesperado.) ¡Escondedme, *Gramma!* ¡Patrick, Patrick, salvadme!

—¿Qué haremos?—exclamó en alta voz Patrick Donegan.

—Huir (dijo Paddy). Yo he corrido. He venido aquí por las callejuelas más estrechas y menos conocidas. Tengo sobre ellos un cuarto de hora de delantera; pero dentro de un cuarto de hora, antes quizás, estarán aquí.

—¿Huir? ¿Y á dónde?—preguntó Genoveva muy apurada.

—Á mi casa (dijo *Gramma*). Es también una choza; pero ¿quién podría encontrarte allí?

—¡Ellos, pardiez! (dijo Paddy.) Ese no es buen sitio. El Inspector tiene la nariz larga, y el sargento

Hudson buen olfato. Esconderse en vuestra casa, *Gramma*, ó refugiarse en casa de Patrick, es lo mismo que meterse en la boca del lobo. Hay que ir á cualquier parte, al acaso, por las calles, ¿qué sé yo? ¡Andar hasta que sea de día, entrar en un *Refugio*, pero es preciso escapar de sus garras! ¡Oh, Patrick; date prisa, Patrick! ¡Ya me parece oír pasos y que vienen!....

—¿Ya?—murmuró Genoveva.

Y se puso á escuchar. Paddy se engañaba. La callejuela estaba silenciosa. Pero la policía y aquellos hombres, aquellos franceses, y sobre todo aquel desconocido que preguntó á Paddy que si la *Francesa* se llamaba Genoveva, podían llegar de un momento á otro.

—Paddy tiene razón (dijo Patrick): es preciso huir.

—¿Huir? Yo no tengo fuerzas....; tiemblo...., ¿lo veis?... ¡Pasar una noche en ese Londres lleno de peligros! ¡Ah! ¡Tendré miedo!....

—¿Miedo, Genoveva? ¡Yo estaré á vuestro lado para ayudaros, para sosteneros si vuestra debilidad hace traición á vuestro valor!

—Patrick tiene razón (dijo la alsaciana). ¡Marchad pronto! ¡Quedarse aquí, sería buscar la perdición!

—Gracias, Paddy,—gritó Patrick.

Y mientras que Genoveva se apoyaba en su hombro, él dijo al chico:

—Mira si alguien se aproxima.

El pequeño Paddy abrió la puerta y reconoció la calle.

—¡Nadie viene! (dijo.) ¡Pero daos prisa!

—Abrigaos (dijo la alsaciana), que la niebla es muy fría por las noches.

Y despojándose de la especie de mantón raído que llevaba, lo colocó sobre los hombros de Genoveva.

—¡Mi buena *Gramma!* (dijo la joven.) ¿Cómo pagar tantos cuidados?

La alsaciana se encogió de hombros.

—¿Cómo? (dijo.) ¡Es bien fácil! Llámame: «Madre.»

Genoveva presentó á Catalina Sichel su frente pálida, sobre la cual la noble mujer apoyó sus gruesos labios, mientras que, en voz baja y conmovida, la dijo:

—¡Querida madre!

La joven sintió entonces que dos gruesas gotas calientes cayeron sobre su rostro. La pobre alsaciana lloraba.

—¡Adiós, *Gramma!*—dijo Patrick Donegan.

—No; adiós, no. Hasta muy pronto,—respondió ella.

Genoveva se había cogido al brazo de Patrick, y, apoyándose en él llena de miedo, franqueó la puerta de la miserable vivienda que le había servido de asilo.

Ya en la calle, se paró, temblando, al encontrarse en aquellas tinieblas, teniendo delante lo desconocido, las calles negras, la gran villa fúnebre.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! (dijo.) ¿Dónde huiremos, Patrick?

—¡Qué importa! ¿Queréis permanecer aquí, donde van á venir los que os buscan?

—¡No! ¡Oh, no!—dijo la joven con espanto.

—¡Pues bien! ¡Á la ventura! ¡Vamos!—dijo el irlandés.

—Vamos, pues,—contestó Genoveva.

Catalina Sichel, cuyo corazón latía con violencia, les siguió un momento con la vista desde el dintel de la puerta, y les vió sumergirse como dos sombras en aquel caos.

Un enorme sollozo desgarró entonces la garganta de la alsaciana, y Paddy, que había permanecido allí, la oyó que mezclaba, en una queja extravagante, el nombre de Genoveva con el de Susana.

—¡Hola! (dijo de repente el chico.) Esta vez no tengo duda; son ellos. ¡Los ojos de buey! Vamos, madre *Gramma*, en marcha; porque, si no, seremos nosotros los arrestados.

Cogió de la mano á la gruesa alsaciana, que se dejó arrastrar maquinalmente por el chico, repitiendo entre sollozos y lágrimas:

—¡Mi pobre niña! ¡Mi pobre niña!

Paddy tenía razón, porque, momentos después, llegaban el Inspector, el sargento y sus acompañantes, á la puerta de la cabaña del viejo Bob.

La puerta había quedado entornada y la luz encendida. El Inspector la empujó bruscamente, penetró en el tabuco, y gritó desde adentro:

—¡No hay nadie! ¡Este nido está vacío!

—¿Vacío?—dijo Estradère, que se había precipitado lleno de ansiedad. Su rostro estaba pálido como un sudario. ¿Qué significaba aquello? ¿Había muerto Genoveva, ó había sido arrebatada?

—¿Dónde está Genoveva, dónde está? (se decía en voz alta el domador con desesperación.) Y lanzaba á su alrededor miradas de león furioso, revolviéndose en aquel chiribitil como una fiera en su jaula, furioso, terrible, con los ojos chispeantes é injectados.

—Señor Estradère (dijo el Inspector, después de haber apoyado su mano sobre el colchón de estopa); alguien ha venido aquí. Esta lámpara ha sido encendida hace poco tiempo, y la cama que acabo de tocar está caliente aún. Se han llevado á la que buscáis, pero no debe estar lejos sin duda alguna. ¿Queréis que continuemos nuestras investigaciones?

—¿Si lo quiero? (dijo Placial.) ¡Os ruego que lo hagamos! Marchad: yo os seguiré.

El pequeño grupo se puso de nuevo en marcha, recorriendo callejas lóbregas y fangosas, tropezando con madrigueras lúgubres, verdaderos revolcaderos humanos, con miserias repugnantes, con hombres ebrios ó heridos tendidos en las calles, con tabernas sombrías, donde se oían á la vez el hipo de la embriaguez y el estertor de la agonía.

—Y, sin embargo (se decía Placial), ¡es en semejantes antros donde ha gemido ó gime aún encerrada la pobre Genoveva!

El domador sentía que le invadía la fiebre. Los marineros, moviendo la cabeza, empezaban á desconfiar de ver las narices á los ladrones. El doctor Morton, mostrando á sir Jedediah Pickford las calles siniestras que atravesaban, le preguntó si confesaba ó no que la miseria existía en Londres.

—Cierto que existe (respondió el filántropo); pero es muy fácil de extirpar. ¡Ah! ¡si me escuchasen! ¡Si nos hicieran caso! ¡Si nos leyeran!

Y el digno hombre, hundiendo las manos en las profundidades de sus *abiblotecados* bolsillos, las sacó llenas de folletos homeopáticos, diciendo con inefable sonrisa:

—Es cierto que los habitantes de White-Chapel no son ricos; es cierto que no llevan joyas; pero la riqueza significa poco; *la sabiduría es más preciosa que las perlas, y todas las cosas deseables no valen tanto.*

Era una de esas monsergas que tenía siempre á mano el amigo de la humanidad, y á las cuales apellidaba «consuelos supremos» y los «únicos consuelos».

El doctor Morton tuvo varias veces locos deseos de estrangular á sir Jedediah Pickford.